

¿Realmente crees?

12 doctrinas históricas que
cambiarán tu vida diaria

Paul David Tripp

Prólogo de David Platt



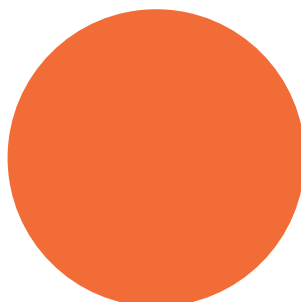
EDITORIAL
PORTAVOZ

Sobre la obra de arte en la portada



Las Escrituras

El triángulo recortado del cuadrado se asemeja a las páginas de las Escrituras. El Antiguo y el Nuevo Testamento se abren como un libro.



Dios

El círculo completo representa a Dios y la idea de perfección absoluta, totalidad e infinitud.



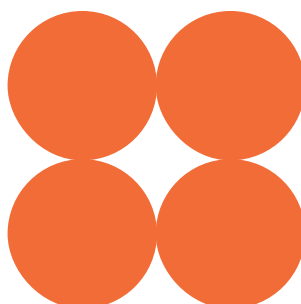
La santidad de Dios

La curva orgánica de esta forma rompe intencionadamente las reglas visuales para hacer referencia a la idea de estar apartado.



La soberanía de Dios

El cuadrado más pequeño dentro del más grande representa la fuerza y el poder. También se asemeja a escalones, que aluden a la gobernación.



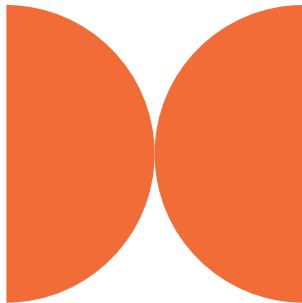
La omnipotencia de Dios

El círculo, que representa a Dios, se repite aquí cuatro veces para enfatizar el poder omnipotente de Dios.



La creación

Estas secciones de círculo que se extienden desde la esquina inferior izquierda representan cómo de la nada, Dios lo creó todo.



La imagen de Dios en el hombre

La forma del círculo, que representa a Dios, se refleja como en un espejo. Es la imagen de Dios reflejada en el hombre.



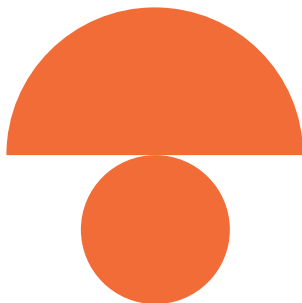
El pecado

Este diamante representa el pecado y su corrupción absoluta. Las esquinas y los bordes afilados contrastan con la integridad perfecta del círculo.



La justificación

Estos triángulos están perfectamente emparejados, lo que habla de la idea de estar completos solo por la justicia de Dios en nosotros.



La santificación

El círculo aquí representa al Espíritu de Dios, que apoya el medio círculo que simboliza la humanidad que se vuelve más y más como Dios.



La perseverancia y la glorificación

Los cuartos de círculo representan a los santos glorificando a Dios. Están unidos, reflejando el círculo que representa a Dios.



Eternidad

Esta forma de anillo representa la eternidad, porque no tiene principio ni fin. Es infinita.

La misión de Editorial Portavoz consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Luella, siempre has sido mi inspiración y en este libro te convertiste en mi socia. Nuestras conversaciones matutinas y vespertinas acerca de cada capítulo, uno tras otro, han sido un aporte fundamental a lo que este libro llegó a convertirse. Es una bendición para mí tenerte como mi compañera de vida y mi mejor amiga.

Título del original: *Do You Believe? 12 Historic Doctrines to Change Your Everyday Life*, © 2021 por Paul David Tripp, y publicado por Crossway, un ministerio editorial de Good News Publishers, Wheaton, IL 60187, U.S.A. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *¿Realmente crees?* © 2022 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados. Publicado por acuerdo con Crossway.

El texto en las páginas 437-440 es un extracto de *Forever: Why You Can't Live Without It* por Paul David Tripp. Copyright © 2011 por Paul David Tripp. Traducido con permiso de Zondervan. www.zondervan.com.

Traducción: Nohra Bernal

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NBLA” ha sido tomado de la Nueva Biblia de las Américas, © 2005 por The Lockman Foundation. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, MI 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com





ISBN 978-0-8254-5990-0 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6957-2 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7859-8 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 31 30 29 28 27 26 25 24 23 22

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Contenido

	Prólogo de David Platt	9
	Prefacio	11
	Introducción: La peligrosa dicotomía	13
1	La doctrina de las Escrituras	29
2	Las Escrituras en la vida diaria	39
3	La doctrina de Dios	63
4	Dios en la vida diaria	73
5	La doctrina de la santidad de Dios	95
6	La santidad de Dios en la vida diaria	105
7	La doctrina de la soberanía de Dios	127
8	La soberanía de Dios en la vida diaria	139
9	La doctrina de la omnipotencia de Dios	159
10	La omnipotencia de Dios en la vida diaria	171
11	La doctrina de la creación	193
12	La creación en la vida diaria	207
13	La doctrina de la imagen de Dios en el hombre	227
14	La imagen de Dios en el hombre en la vida diaria	243

- 
- 
- 15 La doctrina del pecado 263
- 16 El pecado en la vida diaria 277
- 17 La doctrina de la justificación 303
- 18 La justificación en la vida diaria 317
- 19 La doctrina de la santificación 341
- 20 La santificación en la vida diaria 359
- 21 Las doctrinas de la perseverancia y la glorificación
de los santos 383
- 22 La perseverancia y la glorificación de los santos
en la vida diaria 401
- 23 La doctrina de la eternidad 425
- 24 La eternidad en la vida diaria 443
- Índice general 465
- Índice de pasajes bíblicos 475
- 
- 

Prólogo

RECUERDO CON EXACTITUD dónde estaba sentado. También recuerdo que pensaba que no debía estar sentado.

Estaba en una clase de teología en el seminario y mi profesor enseñaba acerca de la doctrina de Dios. Mientras hablaba acerca de la santidad de Dios en todo, de su soberanía sobre todo y de su gloria por encima de todo, yo estaba ahí, colmado de asombro. Y pensé: “No debería estar aquí sentado tomando apuntes. Debería estar de rodillas. Verdades como estas no son una simple información que haya que aprenderse; verdades como estas son una revelación que cambia por completo mi posición frente a la vida”.

Traigo a la memoria este recuerdo porque es así exactamente como me sentí cuando leí este libro. No pude quedarme sentado mientras mis ojos recorrían cada página. No cuando esos ojos se llenaban a veces de lágrimas que me ponían de rodillas en adoración. No cuando en otros momentos mi corazón se llenaba de gozo al punto que me obligaba a levantarme y empezar a cantar. No cuando mi alma se conmovía tan profundamente a orar por mi vida, mi familia, la iglesia y billones de personas que nunca han oído siquiera esta verdad.

Ahora bien, no me malinterpretes: este libro abunda en información que es preciso aprender. ¡Creo que subrayé la mitad de las frases que leí! Sin embargo, más importante aún es el hecho de que este libro está lleno

de revelación que va a transformar por completo tu posición frente a la vida, si se lo permites.

Hago la anterior declaración solo porque este libro está lleno de la verdad de la Palabra de Dios. Cabe aclarar que solo la Biblia está inspirada sobrenaturalmente para transformar tu corazón, tu mente y tu vida (leerás acerca de esto en los dos primeros capítulos). No obstante, Dios ha dotado a la iglesia de siervos que nos ayudan a entender la Palabra de Dios y a aplicarla a nuestra vida. Paul Tripp es uno de ellos, y con este libro nos ha entregado un regalo invaluable.

Lo digo porque este libro toma verdades que con demasiada frecuencia quedan reservadas a los privilegiados estudiantes de las cátedras de teología y las pone a disposición de cada seguidor de Jesús de un modo comprensible y con una aplicación práctica. Sin importar cuán joven o viejo seas, que hayas sido cristiano un día o cincuenta años, este libro es para ti. Esta obra toma las doctrinas cardinales de la fe cristiana que todos necesitamos conocer y las aplica a las luchas, las pruebas, las tentaciones y las alegrías cotidianas de los estudiantes y las personas mayores, los solteros y los casados, los hijos y los padres, los hombres y las mujeres en cada etapa de la vida.

En conclusión, puedo afirmar sin duda y sin reservas que este libro se convertirá en un recurso esencial que consultaré con mi esposa, mis hijos, mi iglesia y todo aquel a quien busque ayudar a crecer en Cristo. Por esta razón te lo recomiendo con alegría y de todo corazón. Es mi deseo que la lectura de las siguientes páginas te lleve a caer de rodillas en adoración y luego a levantarte con el celo de amar a Dios con todo tu ser y de vivir para la extensión de su gloria dondequiera que vayas.

David Platt

Prefacio

ESCRIBIR ESTE LIBRO ha sido uno de los mayores privilegios de mi vida. El hecho de haber podido pasar un mes tras otro reflexionando en el conjunto de verdades más extraordinario que la mente humana pueda concebir me deja pasmado frente a la bondad de Dios. Como es cierto acerca de cada libro que escribo, escribo lo que necesito escribir, consciente de que, si yo lo necesito, otros también lo necesitan. Escribí este libro para despertarnos de nuestra negligencia teológica propia de la vida diaria. Lo escribí para reducir esa molesta brecha que existe entre lo que profesamos creer y la manera en que vivimos realmente. Sin quererlo, muchos llevamos vidas teológicamente contradictorias. Decimos que creemos que Dios es soberano y bueno, pero cuando sobrevienen los problemas nos angustiamos como si nadie estuviera al mando o nos permitimos cuestionar la bondad y el amor de Dios. Decimos que creemos en nuestra necesidad y en el poder de la gracia divina, pero cuando se nos confronta abogamos por nuestra propia justicia y, al hacerlo, resistimos la misma gracia en la que afirmamos creer. Decimos que creemos en la eternidad, pero terminamos desperdiciando nuestro tiempo, energía y dinero en los placeres pasajeros.

Confieso que todavía existen brechas entre lo que profeso creer y la manera en que vivo en ciertos momentos, y estoy seguro de que en tu vida también las hay. Oro para que Dios abra nuestros ojos y nos revele

esas brechas y para que use este libro con el fin de ayudarnos a entender más claramente cómo se vive en la práctica lo que Dios ha declarado y lo que nosotros afirmamos que es verdad.

Quisiera explicar algo acerca de este libro. Mi objetivo no fue escribir una guía teológica completa y sistemática, puesto que muchas obras excelentes de este tipo ya se han escrito. Este libro no abarca todas las doctrinas de la fe cristiana, sino que se concentra en doce principales. Son doctrinas que todo creyente en la Biblia debe conocer y manejar. Hay dos capítulos dedicados a cada doctrina. El primer capítulo define y explica la doctrina en cuestión y el segundo explica cómo se vive esa doctrina a la luz de esa verdad particular.

Mi objetivo con los doce capítulos de práctica no es hacer una aplicación directa a cada área de la vida, sino ayudarte a entender que existe una cultura o estilo de vida particular que se desprende de cada doctrina. Una verdad que no transforma nuestro estilo de vida quizás no sea, en el sentido bíblico de lo que es realmente la fe, una verdad en la que creamos. En este libro planteo cómo nuestras vidas deberían encaminarse según las doctrinas de la omnipotencia de Dios, la doctrina de la creación, la doctrina de la justificación, la doctrina de la eternidad, entre otras. Mi meta es que, a medida que lees este libro, consideres más y más y con mayor naturalidad la verdad bíblica como un estilo de vida.

Así pues, en lugar de ser una consideración exhaustiva de la teología de las Escrituras, este libro está pensado como un manual de entrenamiento acerca de cómo aplicar lo que crees a las situaciones, los lugares y las relaciones de tu vida diaria. Aunque no he incluido cada doctrina y no he expuesto todas las repercusiones de las doctrinas que he incluido, espero que este libro te ayude a pensar en la teología de la Palabra de Dios de formas nuevas y prácticas. Mi oración es que el resultado sea menos un estilo de vida que olvida la teología y más una forma de vida que a diario se conforma y se sujeta a las verdades preciosas que con tanto amor te ha revelado Dios y que tú has llegado a atesorar.

Paul David Tripp
1 de diciembre de 2020





Introducción

La peligrosa dicotomía

SOSTENÍA OTRA desalentadora conversación con una de las personas más conocedoras de teología que he conocido. No existía pasillo teológico alguno que él no hubiera recorrido un sinnúmero de veces. Era un hombre seguro de sí mismo que estaba siempre listo a defenderse y dispuesto para el siguiente debate. El problema era que yo no estaba ahí para debatir con él, sino para ayudarlo. Sin embargo, él era prácticamente un caso perdido. Yo era su consejero, y la razón por la que él necesitaba consejo era que existía una brecha enorme entre lo que él conocía tan bien y la manera en que vivía, lo cual le impedía funcionar adecuadamente. Su matrimonio se estaba desmoronando, ninguno de sus hijos lo respetaba y sus amigos lo encontraban cada vez más inmanejable.

En su casa, este experto en la teología de la gracia de Dios era un hombre sin gracia. Era más conocido por su criticismo impaciente que por misericordia paciente. Podía hacer una exégesis y explicar la doctrina de la soberanía de Dios, pero en las situaciones cotidianas y en sus relaciones personales era controlador. Tenía una cristología impecable, pero a diferencia de Cristo, él no amaba bien, no servía bien, no perdonaba bien. Su esposa me había pedido que los aconsejara porque su matrimonio se estaba desmoronando. Él dejó muy claro que, a su modo de ver,



no necesitaba consejo alguno. Decir que había una discrepancia entre la majestuosa teología a la que había dedicado tanto estudio y la manera en que él vivía definitivamente se quedaba corto.



Sabina amaba el evangelio, nunca desatendía su lectura matutina devocional y tenía a Alexa con música cristiana por toda la casa el día entero. Cada vez que las puertas de su iglesia abrían, ahí estaba ella. Cuando había una conferencia o un concierto cristiano en su ciudad, era muy probable que asistiera. En apariencia todo iba bien con Sabina. Con todo, vivía en un miedo constante. Tenía tanto miedo de lo que otros pensarán de ella que repasaba frenéticamente en su mente las conversaciones que tenía con otras personas, reprochándose lo que había dicho y temiendo lo que su oyente pudiera pensar de ella. Tenía miedo de su jefe y siempre estaba convencida de que iba a perder su empleo. Con los años se había vuelto un poco hipocondríaca y se angustiaba ante el mínimo indicio de anomalía física. De algún modo, el grandioso evangelio transformador que ella consumía a diario no la había liberado de su cautiverio del temor.



Arturo lideraba uno de los grupos pequeños de su iglesia. Le pidieron hacerlo porque era conocedor de la Biblia y porque aparentaba ser un hombre maduro. Era capaz dirigiendo ese pequeño grupo donde junto con otras personas comentaban la Palabra de Dios. Hace poco le habían pedido participar en un entrenamiento para ancianos y parecía dispuesto a hacerlo. Los integrantes de su pequeño grupo lo estimaban a él y apreciaban su liderazgo. Sin embargo, Amanda, su esposa, tenía una experiencia diferente a la de aquellas reuniones de grupo pequeño. Cada vez que se reunían, Amanda batallaba con la diferencia entre el Arturo “público”, el estimado líder de grupo, y el Arturo “privado”, el hombre con quien estaba casado.

En casa, Arturo no actuaba como un hombre cristiano maduro. Con Amanda, Arturo era por lo general iracundo, cínico y humillante. La

arrinconaba por los asuntos más triviales, por lo que ella se quedaba preguntándose qué había pasado con el hombre con el que ella pensaba que se había casado. Cuando Amanda se veía con sus amigas del grupo pequeño, a menudo sentía la tentación de estallar y decir: “Arturo no es la persona que ustedes piensan. Necesitamos ayuda”, pero sabía que no iba a ser capaz de decirlo. Aunque amaba a Arturo y le rogaba a Dios que la ayudara, sencillamente no sabía qué hacer.

...

Podría dar un ejemplo tras otro de la dicotomía que en muchos de nosotros (todavía existe en algunas áreas de mi propia vida) existe entre lo que profesamos creer y la manera en que vivimos. Estoy convencido de que la brecha entre la doctrina que profesamos y nuestra verdadera manera de vivir es un taller para el enemigo. Es posible que te sorprenda lo que voy a decir a continuación, pero creo que es menester decirlo y tenerlo en cuenta. El enemigo de tu alma con gusto te ofrecerá una teología formal, si en tu vida real y cotidiana puede controlar tus pensamientos y los motivos de tu corazón y, de ese modo, controlar la forma en que actúas, reaccionas y respondes.

Esta dicotomía es la razón por la cual escribí este libro. Me ha redargüido al examinar mi propia vida y me ha entristecido verla en muchos otros. Para empezar, quiero que veamos primero la importancia de la doctrina y luego pasemos a analizar lo que la Biblia dice acerca de esta dicotomía.

La importancia de la doctrina

“Papi, ¿Dios hizo los postes de teléfono?”. Parecía una de esas preguntas irrelevantes que no paran de formular los niños y que, al final de una larga jornada, pueden exasperar a cualquier padre. Habíamos estado enseñando a nuestros hijos que Dios creó el mundo y todo lo que hay en él, y nuestro hijo había estado reflexionando acerca de esa profunda idea en su pequeño cerebro. De hecho, mientras íbamos de camino a Burger King, él iba meditando en silencio en el asiento trasero mientras miraba por la ventana la hilera de postes telefónicos a lo largo de la calle.

Era una inquietud profundamente teológica que formulaba el pequeño filósofo sujetado en el asiento infantil trasero. Estaba haciendo lo que Dios dispuso que hicieran los seres humanos hechos a su imagen. A veces sus preguntas nos hacían reír, a veces nos llevaban a cuestionarnos qué le pasaba por la cabeza, y otras veces sus preguntas incesantes simplemente nos hacían desear que dejara de preguntarnos tantas cosas. Sin embargo, él no pensaba dejar de hacerlo porque eso es precisamente lo que hace todo ser humano¹.

Al parecer, los niños pequeños no paran de preguntar “¿por qué?”, los adolescentes se obsesionan por opinar acerca de lo que les parece justo e injusto, los esposos y las esposas discuten porque llegan a interpretaciones diferentes de una situación particular, y la persona mayor rememora el pasado con la idea de encontrarle sentido a todo. Todos lo hacemos todo el tiempo y casi nunca somos conscientes de ello ni logramos entender el profundo significado de lo que hacemos. Es la expresión de un aspecto inherente y exclusivamente humano. Aunque apunta a la esencia del modo de operar conforme al cual Dios nos ha diseñado, su importancia como factor determinante de la vida no recibe la atención que merece. Cada día, en algún momento y de alguna manera, todos procuramos darle sentido a nuestra vida. Excavamos entre montículos de artefactos de civilizaciones pasadas e intentamos comprender nuestro recorrido histórico y su significado. Consultamos sin cesar los sucesos de actualidad y barajamos las relaciones de nuestro pequeño mundo en nuestro intento por decidir cómo responder mejor a las situaciones y personas a nuestro alrededor. Nos asomamos al futuro con la esperanza de poder adivinar de algún modo lo que nos depara y prepararnos para ello. Nunca dejamos transcurrir la vida así nada más, y nunca dejamos de pensar, ni siquiera mientras dormimos.

Es importante volvernos más conscientes de la constante actividad mental que influye en las decisiones que tomamos, las palabras que decimos y las cosas que hacemos. Ya seas un plomero, un ama de casa, un músico, un padre, un estudiante, un contador, un hortelano o un

1 Gran parte de esta sección se publicó primero en mi artículo “The Importance of Doctrine”, página web Paul Tripp, 2 de julio de 2018, www.paultripp.com.

deportista, lo cierto es que también eres un pensador. Si eres un ser humano, piensas (aunque algunos lo demuestran más que otros). Aunque de manera incorrecta o esporádica, piensas. Ninguna persona ha pasado jamás un día sin pensar. Todos hemos construido una superestructura de suposiciones acerca de la vida que funciona como guía para darle sentido a nuestra vida. Así que todos somos teólogos, todos somos filósofos, todos somos consejeros y todos somos arqueólogos que excavan el pasado para entender lo que fue. Y he aquí algo que es vital entender: *Tus pensamientos siempre preceden y determinan tu actividad*. Detente y vuelve a leer la frase anterior, porque es muy, muy importante. Tú no haces lo que haces por lo que estás experimentando en un momento determinado. No, tú haces lo que haces por la manera como has pensado e interpretado lo que estás experimentando en ese momento.

Sabemos que es posible poner a tres personas en una situación idéntica, viviendo exactamente lo mismo, y observar que las tres reaccionan de tres formas completamente diferentes. ¿Por qué? Porque interpretan la situación de forma diferente. Una variación en la interpretación siempre producirá una diferencia en la respuesta.

Ahora bien, ¿qué tiene que ver esto con el propósito de las doctrinas que han sido reveladas en la Palabra de Dios? ¡Todo! El Dios que te diseñó para ser un pensador también es el Dios que inspiró a los autores del Antiguo y del Nuevo Testamentos a escribir sus verdades para que las tuviéramos a nuestra disposición. La Biblia es el resultado de un Creador amoroso que descubre a sus criaturas lo que es verdad a fin de que sepan cómo darle el sentido correcto a la vida. Sin esta revelación amorosa no sabríamos cómo conocer, no sabríamos con certeza qué conocemos y no habría manera de saber si lo que creemos que conocemos es cierto o no. Dios, que da sentido a todo, explica en la Biblia las verdades fundamentales para sus criaturas buscadoras de sentido. Cada persona que ha vivido a lo largo de la historia ha necesitado con apremio los misterios que se encuentran en las Escrituras. La Biblia no es tanto un libro religioso, reservado a los pasillos consagrados y exclusivos de la religión institucional. No. La Biblia es un libro de vida que fue dado para fines de vida, de tal modo que las criaturas a quienes es dado busquen vida en el único lugar donde la vida puede ser hallada. Las doctrinas de la

Biblia no son ideología sino herramientas vivas y divinas de salvación, transformación, identidad y dirección.

Antes de que veamos cómo la doctrina de la Biblia es un instrumento para llevar a cabo estas cuatro operaciones, queremos meditar en lo que la Biblia es y en cómo funciona. Si has pasado tiempo leyendo o estudiando la Palabra de Dios, sabes que la Biblia no está organizada de manera temática. Si somos francos, a algunos eso nos resulta molesto. Desearíamos que la Biblia estuviera organizada por temas y que tuviera separadores en el margen de la página para que pudiéramos ir rápidamente a nuestro tema de interés. En cambio, la Biblia está organizada como Dios ha querido. Tu Señor ha diseñado cuidadosamente tu Biblia para que funcione de una manera particular por tu bien y para su gloria.

La Biblia es, en esencia, una gran historia redentora, una narrativa. O podría decirse que la Biblia es una historia teológica anotada. Es la historia magnífica del plan y del propósito divino de redención con anotaciones explicativas y aplicadas esenciales escritas por Dios. Esto significa que no puedes tratar tu Biblia como una enciclopedia; no funciona de esa manera. Por ejemplo, si solo buscas versículos con la palabra *padre* para entender algo acerca de la paternidad o la maternidad, vas a pasar por alto casi todo lo que la Biblia dice acerca de este importante llamado humano. En la medida en que cada pasaje me dice verdades que necesito saber acerca de Dios, acerca de mí mismo, acerca de la vida en el mundo caído, de los desastres del pecado y de la operación de la gracia, cada pasaje me dice algo que necesito saber acerca de cada área de mi vida. Comentaré más al respecto en el capítulo siguiente.

Entonces, ¿qué función cumple la doctrina? Primero, las doctrinas de las Escrituras proveen un resumen provechoso de la grandiosa historia de la redención. Cada doctrina capta algo acerca de Dios, de su obra y de nuestra necesidad, permitiéndonos condensar grandes cantidades de contenido y de actividad histórica en una palabra. Por ejemplo, la doctrina de la justificación capta una serie de realidades que Dios confirmó para asegurar nuestra posición delante de Él. Gracias a esta doctrina tenemos un término abreviado que nos sirve para referirnos a la gracia de Dios y que condensa todo aquello que Dios hizo para asegurar nuestra posición como hijos suyos. Podemos usar el término *justificación* sin tener que

volver a relatar una vez más la historia con todos sus detalles. Cada doctrina bíblica provee un resumen o síntesis de aquello que Dios considera vital que conozcamos y entendamos.

En segundo lugar, cada doctrina es una explicación. Por ejemplo, no entenderíamos por completo las implicaciones de la caída de Adán y Eva, el llamado de Abraham, la vida justa de Jesús, la cruz, el sepulcro vacío, la ascensión ni la fundación de la iglesia si no fuera por las doctrinas explicativas de la Palabra de Dios. Por medio de ellas, Dios nos ayuda a entender cómo hemos pecado y cómo Él, en su gracia, ha obrado a nuestro favor. No somos salvos tanto por la doctrina, sino por los acontecimientos históricos que Dios en su voluntad y en su gracia llevó a cabo a favor nuestro. Las doctrinas nos explican estos acontecimientos a fin de que podamos reconocer nuestra necesidad y busquemos la ayuda de Dios.

Ahora te invito a meditar cuidadosamente en esto: Dios nunca quiso que las doctrinas de la Biblia fueran fines en sí mismos, sino más bien medios hacia un fin. Las doctrinas que Dios ha revelado tienen un propósito más grande que hacer crecer tu cerebro teológico. Su fin es brindarte algo mucho mayor que un bosquejo y una confesión teológica. Tal vez la mejor descripción gráfica del propósito de las doctrinas de la Biblia se encuentra en Isaías 55:10-13. Isaías describe las verdades en la Biblia como lluvia o nieve que cae y riega la tierra. ¿Cuál es el resultado?

En lugar de la zarza crecerá ciprés, y en lugar de la ortiga crecerá arrayán; y será a Jehová por nombre, por señal eterna que nunca será raída (Is. 55:13).

Debemos reconocer que esta es una de las ilustraciones más extrañas de la Biblia. Si tuvieras en tu jardín una zarza, no dirías: “Si sigue lloviendo esa zarza se convertirá en un ciprés”. Si dijeras eso, quien te oye pensaría que te has vuelto loco. Nunca se te ocurriría pensar que una zarza bien regada termine transformándose en un arrayán. ¿Qué busca comunicar el profeta desafiando nuestra comprensión de la botánica? ¿Qué nos revela esta metáfora acerca de lo que Dios busca que produzcan las verdades (doctrinas) de su Palabra?

La curiosa descripción gráfica de Isaías ilustra una transformación orgánica radical. La planta que recibe riego se convierte en una planta completamente diferente. Lo mismo sucede con las doctrinas de la Palabra de Dios. Su propósito principal no es *informar* sino *transformar*. La función informativa de las verdades de las Escrituras no constituye el fin de esas verdades, sino un medio necesario para lograr el propósito de esas verdades, que es la transformación personal radical. El plan de Dios es que cuando la lluvia de la doctrina bíblica desciende sobre nosotros, nos transforma, no para convertirnos en una versión mejorada de nosotros mismos, sino para llegar a ser espiritualmente diferentes de lo que éramos antes. Cuando cae la lluvia de la verdad, los iracundos se convierten en pacificadores, los avaros en dadores, los exigentes se vuelven siervos, los lujuriosos se vuelven puros, las personas sin fe se vuelven creyentes, los orgullosos se vuelven humildes, los rebeldes se vuelven obedientes y los idólatras se vuelven adoradores de Dios.

Las doctrinas de la Palabra de Dios no fueron dadas simplemente para ocupar un espacio en tu cerebro, sino para conquistar tu corazón y transformar tu manera de vivir. Estas doctrinas existen para darte un giro completo y poner tu mundo de cabeza. La doctrina bíblica es mucho más que una guía que aceptas mediante una confesión. La doctrina es algo que vives aun en los momentos más insignificantes y cotidianos. La doctrina bíblica existe para transformar tu identidad, alterar tus relaciones y reestructurar tus finanzas. Fue pensada para cambiar la manera como piensas y hablas, tu actitud hacia el trabajo, tu conducta en el tiempo libre, tu comportamiento en el matrimonio y lo que haces como padre o madre. Fue establecida para cambiar tu manera de pensar acerca de tu pasado, de interpretar el presente y de ver el futuro.

Las doctrinas de la Palabra de Dios son un bello regalo que nos ofrece un Dios de extraordinaria gracia. No son una carga ni delimitan creencias que restringen la vida. Al contrario, imparten nueva vida y una libertad renovada. Aquietan tu alma y le infunden valor a tu corazón. Te hacen más sabio de lo que habrías podido llegar a ser por naturaleza y reemplazan tu corazón quejumbroso por uno que adora con gozo. Dios te revela estos misterios porque te ama. Él es el Dador de la vida y cada doctrina en su Palabra siembra semillas de vida en tu

corazón. Y, a medida que esas semillas echan raíces y crecen, tú también creces y cambias.

Dios no solo quiere tu mente; también quiere tu corazón. Y no solo quiere tu corazón, sino que también quiere todo tu ser. Sus verdades (doctrinas) son el ecosistema donde crece el huerto de la transformación personal.

Ningún pasaje capta mejor esto que 2 Timoteo 3:16-17: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. Este pasaje es fundamental para entender cómo las verdades (doctrinas) de las Escrituras deben funcionar en nuestra vida. No solo nos muestra cuatro formas en que las Escrituras (y cada una de sus doctrinas) deben operar en nuestra vida, sino la progresión en la cual deben hacerlo, lo cual es más importante. Estos son los cuatro pasos en la progresión:

1. *Enseñar: la norma.* Las verdades de la Biblia son las normas por excelencia de Dios. Nos revelan quién es Dios, quiénes somos nosotros, para qué fue diseñada nuestra vida, qué es verdad y qué no, por qué hacemos lo que hacemos, cómo ocurre el cambio en nuestra vida, qué ha salido mal y cómo se puede corregir. Las doctrinas de la Palabra de Dios proveen la norma, amorosamente revelada por nuestro Creador, mediante la cual podemos saber con toda seguridad lo que nunca llegaríamos a saber sin ellas.

Todas las personas se rigen por alguna norma porque todos queremos saber, y todos queremos saber que lo que sabemos es verdad. De modo que todo el mundo lleva una “biblia” por dondequiera que va, ya sea una de su propia invención personal o la norma perfecta que nos entregó Aquel que es verdad.

2. *Redargüir: comparar con la norma.* En el proceso de redargüir se nos compara con una norma y se determina que, de alguna manera, algo falta. Este diagnóstico nos comunica lo que debemos hacer con las verdades reveladas en la Palabra de Dios. Cada verdad cumple la función de un espejo en el que podemos mirarnos y ver lo que se revela acerca de nosotros a la luz de esa verdad. Si te miras en el espejo de la perfección de Dios, te ves confrontado de inmediato con la realidad de que estás lejos de la perfección. Si te miras en el espejo de la doctrina del pecado,

te das cuenta de que tú también eres un pecador. Ninguna verdad existe para ser vivida en lo abstracto o ajena a nosotros como algo impersonal. Cada verdad es una vara medidora con la cual podemos comparar nuestros pensamientos, deseos, palabras, decisiones, motivaciones, relaciones, adoración y esperanzas. El conocimiento de la doctrina no solo debería producir conocimiento de Dios, sino un conocimiento de nosotros mismos que nos infunda una profunda humildad.

El estudio teológico debe producir no solo alabanza y adoración a Dios, sino también contrición, confesión y arrepentimiento sinceros. Una verdad que no redarguye (confronta) es una verdad mal manejada. Es posible y tentador usar una doctrina bíblica de manera no bíblica cuando se omite o se resiste su función de redarguir.

3. Corregir: cerrar la brecha entre mi condición actual y la condición que Dios quiere para mí. Las doctrinas de las Escrituras están hechas para corregirnos. La corrección es un proceso mediante el cual la falta o la carencia que han sido revelados se confrontan con la norma. A la luz de cada verdad revelada en las Escrituras, nuestras preguntas deben ser: “¿Qué revela esta verdad acerca de mí que necesita ser corregido? ¿Cómo se llevará a cabo esa corrección para conformarse a lo que Dios es, a la manera en que Él ha revelado que ocurre el cambio y a la luz de lo que Él ha provisto para mí en la persona y en la obra del Señor Jesús?”.

La santificación progresiva, que es la obra redentora de Dios en nosotros entre el momento de nuestra conversión y cuando llegamos a la presencia de Dios es un proceso continuo de comparación-corrección, comparación-corrección, guiado por las verdades de su Palabra y habilitado por la obra de su Espíritu.

4. Instruir: poner fielmente en práctica la norma de Dios. A la luz de cada enseñanza de las Escrituras debemos preguntarnos: “¿Qué nueva lección me llama Dios a poner en práctica a diario en mis pensamientos, deseos, palabras y acciones?”. Te propones mejorar en aquello en lo cual has fallado o en lo que has sido negligente. Cada doctrina de la Palabra de Dios encierra un llamado a vivir de formas totalmente nuevas. Así, creyendo en la presencia del Espíritu Santo que mora en nosotros y en los inagotables recursos de su gracia, nos sometemos a su llamado a vivir de una manera nueva.

El pasaje de 2 Timoteo 3:16-17 nos llama a asumir las verdades de las Escrituras de un modo que establezca un patrón constante de autoexamen con miras a la confesión sincera y humilde, la cual produce un compromiso de arrepentimiento que resulta a su vez en una vida de mayor madurez espiritual y obediencia gozosa. No solo tu manera de pensar cambia, sino que cada área de tu vida se conforma más y más a la voluntad de Aquel que te creó y volvió a crearte en Cristo Jesús.

Ahora seamos francos. Esta no es la manera como nos relacionamos y respondemos siempre a las verdades de la Palabra de Dios. En todos nosotros persisten en algún lugar brechas entre lo que profesamos creer y la manera como vivimos realmente. Muchos estamos dispuestos a vivir con una contradicción funcional entre las verdades que profesamos creer y la forma en que elegimos vivir. Cabe decir entonces que las verdades en las que crees realmente son las verdades que vives, porque la fe nunca es una simple aceptación intelectual. Más importante aún es el hecho de que la fe bíblica es un compromiso del corazón que altera radicalmente la manera de vivir. Una verdad que no se vive es una verdad en la que no se cree.

Esta dicotomía de la que hablo es peligrosa, le roba la gloria a Dios, debilita espiritualmente, produce idolatría y flojera moral, daña las relaciones y fractura la dinámica espiritual en el cuerpo de Cristo, lo cual le facilita al diablo el acceso a nuestro corazón y a nuestra vida. Algunos no vemos las brechas en nuestra vida. Algunos confesamos y nos arrepentimos cuando vemos las brechas. Y algunos hemos aprendido a vivir con las brechas por tanto tiempo que ya no nos incomodan.

Esta brecha salta de las páginas de las Escrituras en dos relatos específicos. Todos conocemos bien las historias de estos dos personajes. Dios en su gracia las ha preservado para nuestro bien, porque retratan individuos semejantes a nosotros y Él no quiere que caigamos en la misma trampa.

El primer personaje es Jonás. Dios llamó a Jonás a predicar advertencias de juicio a la malvada ciudad de Nínive. La sola idea de llevar el mensaje de Dios a ese pueblo despreciable le resultaba indignante a Jonás, por lo que en lugar de atender el llamado de Dios se embarcó en un navío que iba en la dirección contraria para irse lo más lejos posible. Aún así, Dios no había terminado con Jonás.

Dios envió una espantosa tormenta. Los tripulantes del barco, en su intento por comprender por qué les había sobrevenido tal tormenta, echaron suertes y la suerte cayó sobre Jonás. Así que le preguntaron a Jonás quién era y de dónde venía. La respuesta de Jonás debe llamar tu atención: “Soy hebreo, y temo a Jehová, Dios de los cielos” (Jon. 1:9). Detente a examinar y a sopesar cuidadosamente la respuesta de Jonás. “Soy hebreo”. Bueno, eso es cierto. “Temo a Jehová, Dios de los cielos”. ¿Qué? No pareciera haber señal de temor de Dios en este hombre. No tuvo ninguna dificultad en mirar a Dios a la cara y decir: “No haré lo que me pides”. No tuvo dificultad en tomar su vida en sus propias manos y hacer lo opuesto a lo que Dios lo había llamado.

Existe una brecha enorme entre la confesión cultural de este hombre hebreo y la realidad de cómo respondió a Dios y a la manera como eligió vivir su vida. El “temor” del que habla es una abstracción cultural que en nada se parece a la manera como elige vivir. Puede que sea un asunto lejano e impersonal de aceptación intelectual, pero carece por completo del poder transformador del verdadero acto de creer tal y como lo describe la Biblia. Creer de verdad lleva a una sumisión dispuesta a Dios y a una obediencia gozosa a su llamado. Dios quiere más de Jonás que una simple identidad cultural. Dios no va a conformarse con menos que la lealtad del corazón de Jonás y su sometimiento a la santa voluntad divina.

El segundo caso es igualmente llamativo. He aquí el relato de lo sucedido según el apóstol Pablo.

Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar. Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar? (Gá. 2:11-14).

Este es uno de los momentos más dramáticos en la iglesia del Nuevo Testamento. Pablo confronta a Pedro cara a cara. ¿Cuánto estaba en juego para que esta confrontación tuviera lugar? La respuesta es que mucho estaba en juego. Estaba en juego el carácter mismo y la pureza del evangelio y la obediencia fiel a la revelación de Dios. Sabemos, por lo que dice Hechos 10, que Dios había dejado claro a Pedro que los gentiles estaban incluidos en el plan de redención y que no debían ser excluidos de ningún modo ni ser tratados como ciudadanos de segunda clase. Con todo, Pedro, que había tenido compañerismo abierto con los gentiles, se apartaba de ellos cuando aparecía un grupo de judíos de la circuncisión. Con esto, actuaba en contradicción flagrante con las doctrinas del evangelio que se le habían enseñado y que él había profesado creer. Este singular momento deja ver cuán peligrosa puede ser la dicotomía entre la doctrina y la vida práctica.

Es importante señalar que aquel suceso no fue el resultado de algún cambio en la posición doctrinal por parte de Pedro. El problema no era primeramente teológico, sino de índole moral. El temor del hombre fue una motivación mayor en el corazón de Pedro que la enseñanza divina acerca de lo que era verdadero y justo. Por eso siempre debemos hacer brillar las doctrinas de las Escrituras para iluminar los pensamientos, los deseos, las motivaciones y los apetitos de nuestro corazón.

¿Pensamos de la manera en que las doctrinas de la Palabra de Dios nos han enseñado a pensar?

¿Valoramos lo que esas doctrinas nos han enseñado a valorar?

¿Amamos lo que esas doctrinas nos han enseñado a amar?

¿Aceptamos la clase de persona que esas doctrinas han declarado que seamos?

¿Deseamos lo que esas doctrinas nos han enseñado a desear?

¿Elegimos lo que esas doctrinas nos aconsejarían elegir?

¿Actuamos, reaccionamos y respondemos a la luz de lo que esas doctrinas nos han enseñado?

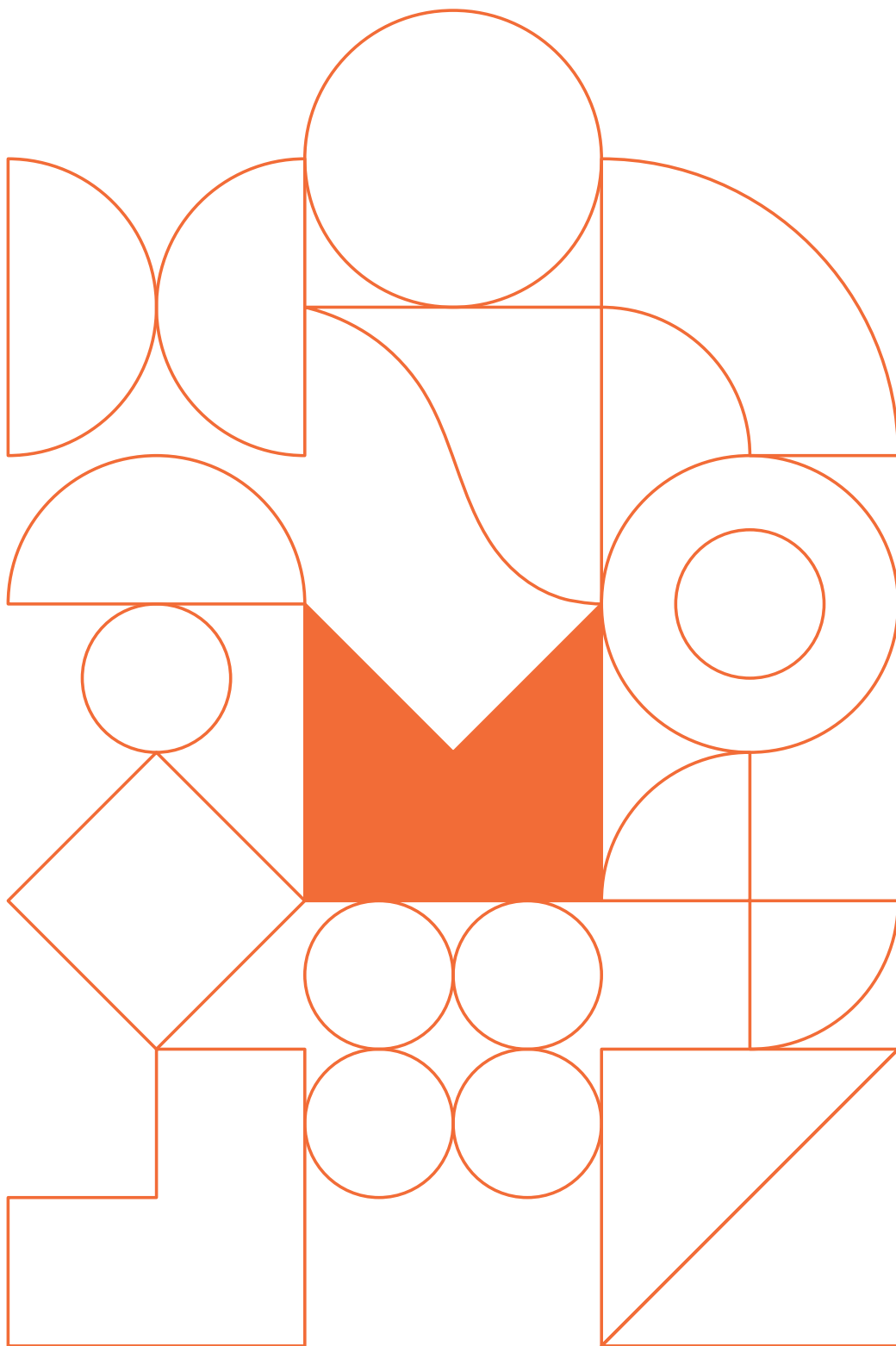
¿En qué lugar de nuestro corazón existe un conflicto de lealtad entre aquello a lo que esas doctrinas nos llaman y lo que queremos para nosotros mismos?

¿Existen lugares donde nos hemos acostumbrado a la dicotomía entre lo que profesamos creer y nuestra manera de vivir?

Estas son las preguntas que constituyen la motivación para este libro. Oro para que este libro sea una de las herramientas que Dios use para ayudarte, por su gracia que ilumina y habilita, a cerrar la brecha entre tu teología confesional y tu teología funcional, y que al cerrar la brecha haya menos oportunidad para la obra maligna del enemigo.

No me he propuesto darte una teología sistemática y exhaustiva con ideas prácticas, sino más bien un examen de doce doctrinas cardinales del evangelio para inquirir: “¿Cómo vive un individuo, ciudadano, padre, cónyuge o hijo a la luz de estas doctrinas?”. Que Dios salga a tu encuentro con su gracia rescatadora y renovadora en este recorrido que emprendemos por el bello huerto de las doctrinas de su Palabra.





La doctrina de las Escrituras

AUNQUE NUESTRA CONCIENCIA y la creación de Dios despliegan bellamente su bondad, sabiduría y poder, y por consiguiente nos dejan sin excusa, su mensaje no basta para impartirnos el conocimiento de Dios y su voluntad que son necesarios para la salvación. Dios, pues, en su sabiduría y gracia, en diversos tiempos y de diversas maneras, se reveló, declaró su voluntad, preservó y proclamó su verdad y protegió la iglesia contra la corrupción y los engaños de Satanás y del mundo dejando su verdad por escrito. Esto hace que las Escrituras (la Biblia, Antiguo y Nuevo Testamentos) sean necesarias y esenciales.

La autoridad de las Escrituras, que hemos de creer y obedecer, no depende del testimonio de hombre alguno, sino completamente de Dios, el autor de ellas. Debemos recibirlas con gozo porque son la Palabra de Dios.

El testimonio de la iglesia, junto con la doctrina de las Escrituras, su estilo majestuoso, la concordancia de todas sus partes y el hecho de que cada parte glorifica a Dios y revela el único camino para nuestra salvación, y su perfección total, dan testimonio conjunto de que es la pura Palabra de Dios. Todas las cosas necesarias para la gloria de Dios y para nuestra salvación, nuestra fe y nuestra vida han sido claramente consignadas

por Dios en las Escrituras o pueden deducirse propiamente a partir de ellas, de modo que nada les falta y jamás se les deberá añadir revelación alguna, ni ideas ni tradiciones humanas.

Cabe agregar algo más. Las Escrituras en su totalidad, el conjunto de libros del Antiguo y del Nuevo Testamentos que fueron escritos por alrededor de cuarenta autores y que abarcan literatura bíblica, narrativa, historia, poesía, sabiduría, profecía, evangelios, epístolas y el Apocalipsis, se escribieron por inspiración divina y bajo la dirección de Dios. Véanse Salmos 19:1-3; Proverbios 22:19-21; Isaías 8:20; Lucas 16:29, 31; 24:27, 44; Juan 16:13-14; Hechos 15:15; Romanos 1:19-21; 2:14-15; 3:2; 15:4; 1 Corintios 2:10-12; Efesios 2:20; 2 Tesalonicenses 2:13; 2 Timoteo 3:15-17; Hebreos 1:1; 2 Pedro 1:19-20; 1 Juan 2:20, 27; 5:9.¹

Cómo entender la doctrina de las Escrituras

Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa (Ro. 1:18-20).

Dios creó el mundo no solo para deleitarnos con su belleza y sustentarnos con sus recursos, sino también para cumplir un propósito moral significativo. Todo lo que Dios hizo está diseñado para confrontarnos con la existencia y la naturaleza de Dios y, de ese modo, confrontar nuestros delirios de autonomía y autosuficiencia. Cada mañana cuando nos levantamos nos topamos con Dios y nos encontramos cara a cara con su existencia. Él se revela en el viento y la lluvia, en el pájaro y en la flor, en la roca y en el árbol, en el sol y la luna, en la hierba y las nubes, en lo que vemos, olemos, tocamos y probamos. Todo lo que existe es un dedo que apunta a la existencia y la gloria de Dios. El ciclo de las estaciones señala su sabiduría y fidelidad. El hecho de que todos vemos la

¹ Paráfrasis del autor de la doctrina de las Escrituras como aparece en apartes de la Confesión de Fe de Westminster, cap. 1.

belleza de la creación, nos calentamos bajo su sol y nos baña su lluvia nos dirige hacia su amor y misericordia. Las tormentas estruendosas que estallan en relámpagos y sacuden con vientos impetuosos nos muestran la inmensidad de su poder. El mundo creado es un despliegue a todo color con sonido estéreo de la existencia y los atributos de Aquel que lo creó todo. El mensaje del mundo físico natural creado es tan completo y tan claro para todos que es preciso batallar para suprimir, negar y resistir lo que nos comunica.

¡Cuán bueno es Dios para entretejer en su creación recordatorios de Él! de modo que nosotros, seres portadores de su imagen creados para relacionarnos con Él, pudiéramos recordarlo una y otra vez con solo mirar el mundo que Él creó y que vemos por doquier.

Sin embargo, Dios en su infinita sabiduría sabía que la revelación general de la creación, la cual nos confronta con su existencia y su gloria, no podía impartirnos la clase de conocimiento de Él, el conocimiento necesario de nosotros mismos, una comprensión del significado y el propósito de la vida, y una conciencia del desastre del pecado y de la condición caída del mundo alrededor, que pudieran rescatarnos de nosotros mismos, conducirnos a Él para recibir su gracia salvadora y brindarnos un plan para vivir como hijos de esa gracia. Por eso nos dio el asombroso y maravilloso regalo de su Palabra.

Es importante agradecer siempre que Dios haya guiado y dirigido la escritura de cada porción de su Palabra y supervisado cuidadosamente el proceso mediante el cual los diferentes libros de la Biblia fueron protegidos, recopilados y preservados, de tal modo que pudiéramos tener en nuestras manos las palabras mismas de Dios y tener la certeza de que aquello que leemos es, efectivamente, todo lo que Él sabía que nos era esencial conocer y entender.

Cuando consideramos la doctrina de las Escrituras es imposible sobreestimar su importancia. La existencia, la inspiración, la autoridad y la confiabilidad de las Escrituras constituyen el fundamento sobre el cual se levantan todas las demás doctrinas. Si no existe tal cosa como una Escritura inspirada por Dios, si ella no me revela las verdades que son esenciales para el conocimiento de Dios, de mí mismo, del camino de salvación, entonces no tengo ningún derecho ni autoridad para decirme

a mí mismo o a alguien más lo que es verdad. Si no existe una Palabra de Dios inspirada, autoritativa y fidedigna, no me queda más que determinar por mí mismo, por mi propia experiencia, mis propias ideas o la investigación colectiva con otras personas, aquello que es verdad.

De ello se desprendería la realidad de que no existe una norma establecida por Dios ni unificada a la cual todos podemos apelar. Cada persona debería descubrir por sí misma lo que le parece verdad y, a partir de eso, hacer lo que le parece correcto a sus propios ojos. Dado que resulta imposible estar seguro de que lo que piensas y crees es lo correcto, no tienes derecho a debatir con otro lo que crees; no existe un sistema de verdad que constituya una autoridad y que provea una norma unificada común de creencias y comportamientos morales. Quedamos en un mundo (que señala a Dios) donde es imposible saber con certeza lo que solo la Palabra, dictada por el Creador mismo, podía revelarnos. Nadie tendría criterio alguno para delinear doctrinas, declarar que son verdad ni dictaminar que provean el marco que guíe nuestros pensamientos, deseos, decisiones, palabras y acciones.

Cuando consideramos las Escrituras como un regalo de la gracia de Dios debemos contemplar otro aspecto. Uno de los resultados devastadores del pecado es que nos rebaja a la condición de necios. Un necio mira la verdad y ve falsedad. Un necio mira el mal y ve bien. Un necio ignora a Dios y usurpa su lugar. Un necio se revela contra la ley sabia y amorosa de Dios y escribe su propio código moral. Un necio piensa que puede vivir independiente sin ayuda. Un necio no piensa del modo en que fue diseñado para pensar, no desea aquello para lo cual fue diseñado y no hace lo que fue llamado a hacer. Con todo, lo que resulta letal de todo esto es que un necio no sabe que es un necio. Si a un necio no le dan ojos para ver su necesidad, seguirá creyendo que es sabio. Por eso Dios, en la hermosura de su gracia, no fue indiferente a nuestra necesidad. Dios miró la necia humanidad con un corazón compasivo y no solo envió a su Hijo para rescatar a los necios de ellos mismos, sino que también nos dio el maravilloso regalo de su Palabra, a fin de que los necios no solo reconocieran su necesidad, sino que también tuvieran una herramienta por medio de la cual pudieran poco a poco hacerse sabios.

Muchas veces he pensado que yo no sabría cómo vivir si no fuera por la sabiduría de la Palabra de Dios. No sabría cómo ser un hombre responsable sin la sabiduría de la Palabra de Dios. Sin la Biblia, yo no sabría cómo ser esposo, padre, vecino, amigo y miembro del cuerpo de Cristo, ciudadano o trabajador. Sin las Escrituras no sabría la diferencia entre lo bueno y lo malo. Sin las verdades de la Palabra no sabría cómo entender y responder al sufrimiento. Sin las Escrituras estaría confundido acerca de quién soy y cuál es el propósito de mi vida. Sin mi Biblia no sabría acerca del pecado ni entendería la verdadera justicia. Sin la Palabra de Dios no sabría cómo manejar el sexo, el dinero, el éxito, el poder o la fama. Sin las Escrituras no tendría entendimiento de los orígenes ni noción alguna de eternidad. Sin la Palabra esperaría que las personas y las cosas materiales me dieran lo que son incapaces de hacer por mí. Sin la Palabra de Dios no tendría idea de mi necesidad de rescate, de reconciliación y de restauración. Sin mi Biblia no entendería lo que significa amar ni lo que yo debería odiar. Aparte de la Palabra de Dios no tendría los parámetros de una ley sabia y santa ni una gracia sublime que me infunda esperanza.

La forma en que entiendo todo en mi vida ha sido determinado por el cuerpo de sabiduría que solo se encuentra entre el primer capítulo de Génesis y el último de Apocalipsis.

Quisiera confesar algo: he escrito más de veinte libros acerca de diversos temas, pero ninguno habría sido escrito sin el regalo que es la Palabra de Dios para mí. Si no fuera por las Escrituras, yo no tendría sabiduría alguna que valiera la pena comunicar. Y, si fuera tan osado como para intentar escribir algo, no tendría la confianza en la veracidad ni en la utilidad de lo que escribo, si no fuera por la Palabra de Dios. Mi Biblia es mi amiga y mi compañera para toda la vida. Mi Biblia es mi maestra más sabia y fiel. Mi Biblia es mi consejera y mi guía. Mi Biblia me confronta cuando estoy equivocado y me consuela en mis luchas. La Palabra de Dios me convirtió en un estudiante dispuesto y nunca dejaré de estudiar hasta que llegue a mi hogar eterno. Porque soy un necio que ha sido rescatado por la Sabiduría en persona y ha recibido de sus manos el regalo de la sabiduría de su Palabra, considero mi Biblia mi más preciada posesión material. Sé que mientras haya pecado en mí, habrá por ahí fragmentos de barro de aquella necesidad primitiva que es preciso desenterrar y reemplazar con sabiduría divina, de

modo que yo me acerco a mi Biblia cada día como un hombre necesitado y agradecido. No puedo enorgullecerme de sabiduría alguna que yo posea porque toda es de mi Señor, escrita en las páginas de su Palabra.

El apóstol Pablo habla de la necesidad del pecado y de la sabiduría rescatadora de la Palabra de Dios:

Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios. Pues está escrito:

Destruiré la sabiduría de los sabios,
Y desecharé el entendimiento de los entendidos.

¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el disputador de este siglo? ¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo? Pues ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios. Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres.

Pues mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles; sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte; y lo vil del mundo y lo menospreciado escogió Dios, y lo que no es, para deshacer lo que es, a fin de que nadie se jacte en su presencia. Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloría, gloriése en el Señor (1 Co. 1:18-31).

Cuando Pablo presenta este impresionante contraste entre la sabiduría humana y la sabiduría de Dios, habla acerca de las Escrituras cuyo mensaje central es el evangelio de Jesucristo. Las palabras de Pablo evocan

las de David en el Salmo 119, donde vemos la sabiduría de la ley de Dios. Hay esperanza para los necios porque hay sabiduría que puede ser hallada, no en las aulas universitarias, en las páginas de un artículo de investigación, en un podcast famoso o en la lista de éxitos de ventas del *New York Times*, sino en las páginas de la Palabra de Dios. Es posible ser una persona altamente educada y aun así ser un necio. Se puede ser un comunicador muy capacitado y talentoso y aun así ser un necio. Se puede ser exitoso y destacado y ser un necio. Es posible tener supremacía en las redes sociales y aun así ser un necio. Es posible ser una persona en quien otros buscan consejo y aun así ser un necio. Sin embargo, nadie está condenado a quedar atrapado en su necedad porque Dios, que es la fuente de toda verdadera sabiduría, es un Dios de gracia tierna, perdonadora y rescatadora. A todos los que confiesan su necedad y acuden a Él en busca de sabiduría, Él les ofrece misericordia y gracia en su hora de necesidad.

Quiero señalar algo más. Aunque el Antiguo Testamento fue escrito originalmente en hebreo y el Nuevo Testamento en griego, Dios, en la sabiduría de su gracia soberana y tierna, ha decretado y guiado la traducción de su Palabra a las lenguas comunes de los pueblos alrededor del mundo, de modo que las verdades reveladas únicamente en su Palabra estén disponibles para todo aquel que desee conocerlas y vivir conforme a ellas. Y Él ha llamado a generaciones de académicos piadosos capaces y entrenados a participar en la traducción continua de su libro, de tal forma que nadie en el mundo se quede sin el regalo de la Palabra de Dios.

No solo tenemos el regalo de la Palabra de Dios, sino también el don del Espíritu Santo que nos guía y nos enseña e ilumina la Palabra para que podamos conocer, entender, confesar y arrepentirnos. Yo no solo necesito el contenido de la Palabra de Dios, sino también la ayuda del Espíritu Santo que me capacite para entenderla, me ayude a aplicarla, me habilite para vivirla y me capacite para transmitir su mensaje a otros. Dios me rescata de mi necedad no solo al entregarme un libro, sino también al darse a sí mismo a mí para que me revele la sabiduría de ese libro. Es algo que yo no hago como escritor. Yo escribo un libro y sigo mi camino. Al lector le corresponde interpretar lo que he escrito. Yo no me desplazo hasta el lugar donde se encuentra cada uno de mis lectores para

sentarme con ellos todo el tiempo que sea necesario, aclarando lo que he escrito, asegurándome de que hayan entendido y ayudándoles a aplicar el contenido del libro a su vida diaria. Pero eso es exactamente lo que Dios hace. Él va dondequiera que va su Palabra. Él se sienta pacientemente con los lectores cada vez que abren su libro. Él les enseña conforme a la Palabra. Dios no solo es el autor de su Palabra, sino también su maestro principal. Cuando recibes la Palabra de Dios, también recibes al Dios de la Palabra, y eso es hermoso.



